



CAPÍTULO III

Nuevas aventuras de Pancho

El mismo día empezó Pancho Olivos sus trabajos de ayudante al lado de Porfirio. Luego que hubo abrazado á don Germán y á doña Lorenza y puéstose un trajecillo menos roto y astroso que el que portaba (no sin quitarle á éste las presillas que le habían honrado durante el sitio), el capitán de nueva creación se encaminó á la Cámara de diputados, en donde iban á ser recibidos ese día Porfirio y Berriozábal (que eran representantes del pueblo) y donde se discutía á la sazón la ley de facultades extraordinarias.

Los generales se sentaron en sus curules en medio de aplausos y vivas, celebrándose su presencia allí como la representación del ejército que tan heroicamente había combatido en Puebla. Porfirio había citado á su ayudante

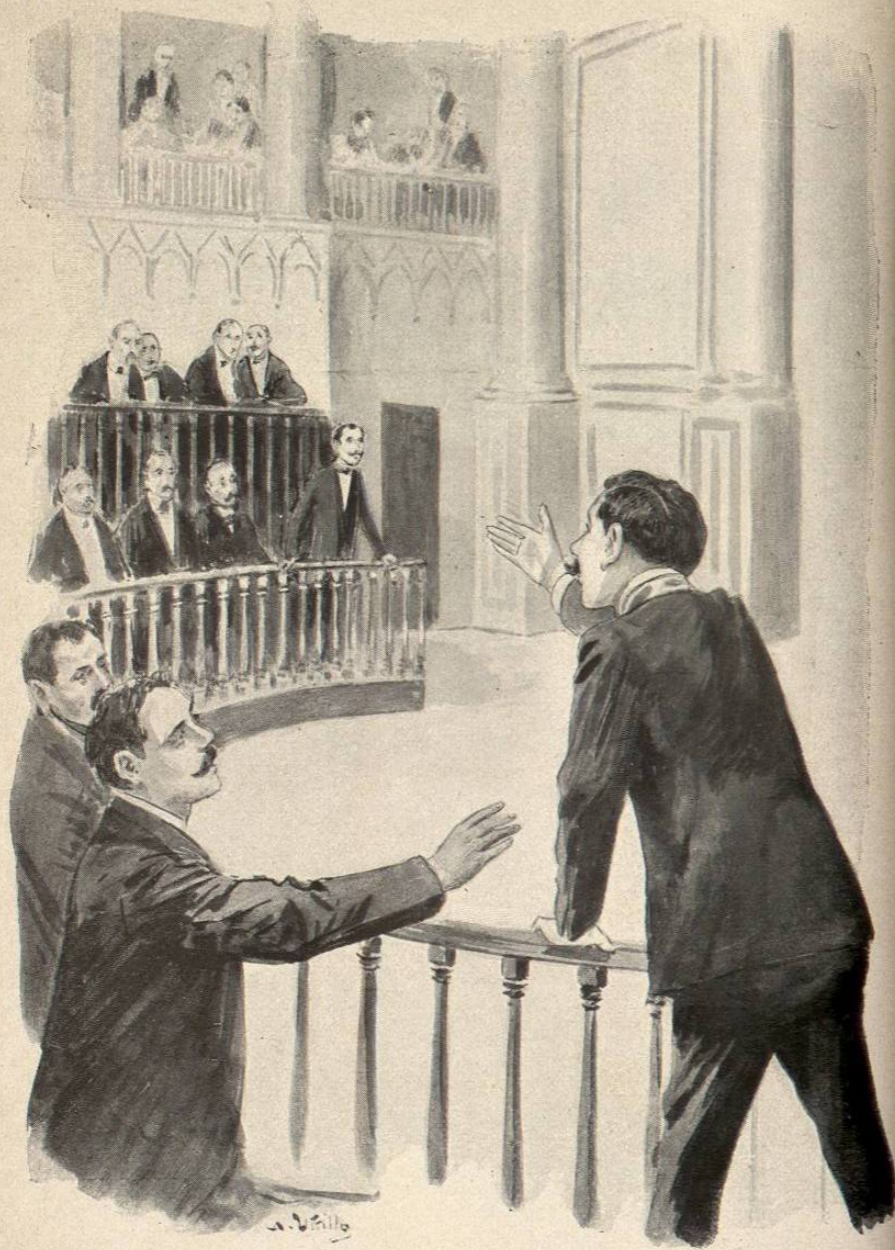
para que le viera en el hotel en que ambos se aposentaban, y el de Olivos creyó que podría darse el gustazo de oír los primores que por sus picos de oro lanzaran aquellos señorones tan gravadosos, tan solemnes y de levitas tan mal cortadas.

Cuando Porfirio y Berriozábal salieron de la Cámara, tenía la palabra un caballero negruzco, de movimientos torpes y voz de pito, que hablaba de la necesidad de que no nos comiera vivos un tirano que Su Señoría miraba en el horizonte.

— «Por eso Grecia cayó en poder de los Pisistrátidas, decía el buen señor. Por eso Roma fué fácil presa de Mario y Sila, por eso las repúblicas italianas...»

Y por allí debe de haber seguido el interesante y fecundo orador, cuando Pancho, que tenía encima las desveladas y las fatigas de muchas malas noches y de muchos peores días, se durmió oyendo aquella oratoria que bajaba sobre su cabeza como un gas deletéreo y estupefaciente. A veces, entre sueños, oía cosas como: «Y sabéis, señores, por qué esos mismos Pisistrátidas... Me ocurre preguntar ¿para qué quiere facultades extraordinarias el Gobierno si las instituciones no peligran, si no hay nada que justifique su actitud?... Entonces Fabricio Colonna, al frente de las caballerías y de acuerdo con las tropas del Padre Santo...»

Vinieron tras el aflautado, uno de voz estentórea, otro



— ¡Mientes, bellaco!
 Bien se conoce que no has oído nunca zumbar una bala por tu cabeza...

que no lograba le oyeran á media vara de su banco, un tercero que la dió por gracioso, un cuarto que llevaba muchos libros y papeles y un quinto y un sexto y un séptimo. Pancho, á pesar de tantísima ciencia y habilidad política como aquellos señores derrocharon, no llegó á abrir los ojos ni á enterarse de nada. Las ocho de la noche serían cuando se despertó asustado y dispuesto á salir, pues el general ya debía de estarle esperando. Un orador desgreñado se sentaba en aquel momento después de hablar buen espacio de un punto que de seguro había preocupado ya á la augusta asamblea: la rendición de Puebla.

Al oír que de tal cosa se trataba, el de Olivos permaneció clavado y sin movimiento, pues le llamaba la atención que allí se hablara de asuntos militares y aun más que éstos fueran susceptibles de sujetarse al metro oratorio.

Un orador chiquitín y adamado, mas lleno de brío y de furia, dijo que el sitio de Puebla había sido una vergüenza para la nación, que sabía de un punto que se había rendido sin combate; y no sé qué otros excesos. Pancho no pudo tolerar aquellas mentiras, y primero rojo de rabia y al fin con gritos de furioso, interrumpió al orador que redondeaba un período: «No fué así, señores, cómo concluyeron Numancia y Sagunto...»

— ¡Mientes, bellaco! ¡Bien se conoce que no has oído

nunca zumar una bala por tu cabeza!... ¡Toma tu Sagunto y tu Numancia...!

— ¡Fuera ese! gritaron del salón.

— ¡No, tiene justicia! gritaron otros.

— ¡Fuera el cochino que ha ladrado esas tonterías! gritó Pancho en el paroxismo de la cólera.

— ¡Está ebrio!

— ¡Echen al borracho!

— ¡No estoy ebrio! rugió Olivos. ¡Vengo de Puebla, he combatido allá y puedo decirle al señor Licenciado que miente y que más cobarde es él!

Entretanto el público tomaba parte por Olivos, y el Presidente pedía por Dios que se guardara silencio, pues de lo contrario mandaría despejar el lugar en que se hallaban los extraños.

Entonces se oyó una voz que dijo claramente:

— ¡Pido la palabra!

— ¡Sí, que hable!

— ¡Que Prieto diga alguna cosa!

— ¡Que hable Guillermo!

— Tiene la palabra el ciudadano Prieto, Guillermo, dijo el presidente.

Habló Prieto y callaron todos, lo mismo los que se quejaban de «la intromisión de elementos extraños en el deliberar de la asamblea», que los que habían silbado al oradorzuelo de Numancia y Sagunto. Habló Prieto, y á su

voz resurgieron todas las penas, todos los dolores, todos los sacrificios, todas las glorias y los heroísmos todos del legendario sitio. Pancho estaba suspenso oyendo enaltecer las proezas de Llave, el coraje de Auza, el ardor de Patoni, el sublime desprecio á la vida de Smith y de Rosado, y declarar que la defensa había sido un episodio honrosísimo para el ejército...

— ¡Viva Prieto! gritó lleno de entusiasmo.

— ¡Viva Prieto! clamaban los presentes.

Y aquel «¡viva Prieto!» resonó en el alma de todos, diputados y espectadores, mientras aquéllos adoptaban una moción para que se declarara que los defensores de Puebla habían merecido bien de la Patria.

Pancho se levantó medio borracho de gozo, y solamente se detuvo lo necesario para suplicar al diputado Prieto saliera un momento del salón á recibir un abrazo del soldadillo que sin quererlo había sido causa de que se dijera tan hermoso discurso.

*
* *

Se habló en esos días sobre si Porfirio tomaría ó no el mando del ejército y sobre si se encargaría ó no del Ministerio de la Guerra; pero el buen Olivos, que estaba dispuesto á seguir á su jefe lo mismo en el apogeo del poder que en la obscuridad de la derrota, mandando apenas

tres ó cuatro hombres, no dió importancia á los díceres ni se preocupó por las hablillas.

Sí se preocupó de la idea de don Germán y doña Lorenza de salirse de la ciudad y marchar adonde estu-



vieran los republicanos. El Licenciado cayó muy en gracia á don Porfirio (pues ocurrió con él á fin de que le diera recomendación para obtener una asesoría ó una auditoría de guerra).

— Nosotros, señor general, tenemos el deber estricto

de salir al campo á luchar con el francés, aunque sea á nuestro modo y con nuestros cortísimos elementos. Tenemos dos hijos, dos excelentes muchachos que andan de la ceca á la meca en pos de los nuestros. Si nosotros quedamos en la capital, el diablo puede hacer que á la hora menos pensada, figurándose que tienen aquí refugio seguro, dejen las filas y piensen en venir á acogerse á nuestra sombra. Para quitarles toda esperanza, importa darles el ejemplo y que salgamos nosotros.

Rió Porfirio de la precaución del buen Olivos y puso en sus manos la carta que pedía. Ya en otro lugar nos le hemos encontrado tan fuerte y tan entero como ahora le miramos.

Para que se despidiera de los viejos y arreglara cuantas cosas quisiera, Porfirio concedió licencia á su ayudante, previniéndole se le reuniera en Ayotla, adonde había marchado con su división. No fué allí donde el capitán se incorporó con su jefe; le alcanzó hasta Toluca, donde presenció un espectáculo que le hizo abrigar los más tristes presentimientos acerca de la suerte de la resistencia nacional. Encontró á las tropas diseminadas, sin orden y sin cohesión. Se desertaban compañías enteras; se encontraba armas y parque á la orilla de los caminos; se veía abandonadas sin custodia y sin ganado á las piezas de artillería recién sacadas de México. En cambio las mujeres, los mozos y los equipajes de los ofi-

ciales marchaban á cuerpo de rey, en excelentes y lucios caballos, con sus baúles y petacas llevados por las mulas más gordas y ligeras que se podía encontrar.

— Es la división de Garza, le contaron. Se dice que sigue para San Luis y que deja el mando al general Díaz.

— Dios lo quiera, porque tal como vamos, acababa con nosotros una compañía de cazadores de Africa.

— No más que el Porfirio es tremendo.

— ¿Tremendo?

— Ya lo creo. Mandó pasar por las armas á muchos soldados de uno de los batallones de guardia nacional de México...

— Sus razones tendría.

— Ya lo creo que las tuvo: se sublevó todo el batallón; pero tan pronto como le redujo al orden hizo fusilar á una buena cantidad de los amotinados en presencia de todo el cuerpo de ejército.

— Bien hecho.

— Mal hecho, porque á quienes se debía haber fusilado era á los jefes, don Joaquín Rangel y don Pedro de Garay, que se quedaron en México y con su conducta infundieron el pánico entre la tropa.

— A los jefes y á los sublevados: á todos.

— Pero calle usted, que por allí viene la diligencia.

En efecto, llegaba la diligencia, con más ruido de tornillos y herrajes que solía, pues sólo la ocupaban tres

personas, que eran, según dijeron, el general en jefe y dos de sus ayudantes. Asomó la cabeza tocada con un Panamá de anchas alas un caballero de buena edad y aspecto de príncipe Bonaparte, guapo y de barba rubia que empezaba á platearse hacia los extremos; dijo algo á un oficial; el otro entendió derecho ó torcido lo que le ordenaron y buscó al jefe del batallón presente en el llano de Salazar.

— Vámonos, dijo don Juan de la Garza, pues no era otro el displicente sujeto del enorme panamá. Vámonos, que al fin para lo que he de durar en este convento...

Y mulas, coche y pasajeros, se alejaron entre un torbellino de polvo luminoso, que parecía la nube que arrebató al profeta Elías.

Al llegar á Toluca supo Olivos que su jefe acababa de recibir el mando del ejército y en el alma se alegró de ello, pues no le cabía duda de que marcharían mejor las cosas á las órdenes del brioso defensor de San Marcos.

De Junio á Octubre anduvo el muchacho de la ceca á la meca, aquí pára, allá corre, acullá se detiene, en esta parte averigua y ordena en la otra. Era que á Porfirio se le había investido con la misión de organizar el ejército, y que obligaba á trabajar á sus ayudantes con el ardor y la fuerza que él sabía imprimir á cuantos le rodeaban.

Años después decía Olivos que si mucho había hecho

el general durante toda la guerra, aquel trabajo de refundir batallones, de organizar tropas, de componer armamento, de adquirir dinero, de requerir mulas y de establecer academias de oficiales, era quizás más duro y más meritorio y más digno de tomarse en consideración que cualquier victoria lograda ó cualquier marcha rendida sin novedad.

Pancho no sabía de estas cosas sino lo que puede saber un subalterno; pero como unas veces le contaban que Porfirio sería ministro, otras que jefe del ejército y otras que marcharía con una división, sólo se espantaba al considerar que si, en efecto, le daban esos encargos, quizás tendría que prescindir, por necesidad de obsequiar la costumbre, de los servicios del pobre capitancillo, y buscaría para ayudantes de campo á los generales y coroneles de rigor.

Pero mientras esto se resolvía y mientras corrían voces de que el jefe sería Comonfort ó sería Porfirio, Pancho estuvo á punto de dejar de ser ayudante del general; y no porque se hubiera realizado la combinación que el chiquillo temía sino porque estuvo en momentos de que le costara el pellejo el cumplimiento de una comisión.

Un día de los fríos de Noviembre recibió Francisco órdenes para llevar un pliego al general Comonfort, que había salido días antes de San Luis y que, á la cuenta, debía comer en San Miguel de Allende.

El de Olivos encontró á don Ignacio en la Quemada. Iba en la diligencia ordinaria, tranquilo y satisfecho, seguido apenas de una escolta de ciento cincuenta dragones y acompañado de los oficiales de su Estado Mayor.

— ¡Ah! dijo al recibir al enviado de Porfirio; se me da aviso de la presencia de guerrilleros por este rumbo. Pero el aviso sale sobrando. No hay gavilla que se atreva contra una regular cantidad de soldados de línea.

— Mi general, repuso Olivos con todo respeto, el señor general Díaz me encargó especialmente que previniera á usted de que las gavillas de los Troncosos están sobre aviso y saben que usted trae el dinero que á tanta costa se ha conseguido.

— Cosas, cosas de su jefe de usted.

— Mi general, ¿no tiene nada que mandar?

— Sí, hombre, sí, cene usted con nosotros y mañana seguirá su camino.

— Como usted lo ordene, mi general.

Al día siguiente comieron en San Miguel de Allende y tomaron, por Chamacuero, el camino de Celaya, no sin avisar á Echagaray que se encontrarían esa noche. Salieron de Chamacuero á las dos de la tarde y llegaron al molino de Soria, sin que tampoco sirvieran los avisos que dieron á Comonfort los dueños de la finca.

— No hay cuidado, decía con su optimismo tradicional; hemos de salir bien, hemos de seguir adelante.

— Pero, señor, suplicaban los hacendados, ¿por qué no toma usted este camino de travesía, que sale directamente al llano, donde puede maniobrar la caballería?

— Eso sí haré, respondió Comonfort. Cañedo, ordenó á un general que le acompañaba, usted toma el mando de nuestra infantería, yo manobro con los de á caballo, y la artillería la dejamos á cualquiera de estos señores.

— Dios quiera, señor, que las burlas no se conviertan en veras, dijo uno de los que rogaban.

La respuesta fué un mohín de don Ignacio y la orden de emprender la marcha.

La tarde era triste y lluviosa. Pancho Olivos marchaba delante con cuatro exploradores; seguía á buena distancia la carretela del general, conducida por el coronel Cerda y rodeada por todos los oficiales de ordenanza. Detrás venía la escolta.

No llevarían media hora de caminar, cuando vió el de Olivos asomar unas lanzas tras los árboles del montecillo que se parecía á la izquierda, mirando después á tres ó cuatro jinetes que meneaban con furia los sables ó los banderines de sus garrochas. Pancho dió orden de disparar, y un muerto de su lado y otro de la parte contraria fueron las víctimas de aquella acometida.

Pancho sacó el machete y se enfrentó con los de á caballo; pero el número le hizo retroceder y comunicar á Comonfort la inminencia del peligro, pues ya se llenaban



— Pero, señor, suplicaban los hacendados, ¿por qué no toma usted este camino?...